acataran los fallos del gobernador. En todas las provincias había varios gobiernos subalternos, que eran denominados *ciudades*, como el Estado romano en otra época, y á veces municipios (de aquí se deriva la expresión régimen municipal). Una ciudad en la época del Imperio era análoga á la romana, y tenía como ésta su asamblea del pueblo, sus magistrados elegidos por un año y divididos en colegios de dos miembros y su senado ó curia, de que formaban parte los grandes propietarios, ciudadanos ricos y de familia ilustre. Pero allí, como en Roma, la asamblea del pueblo es una simple apariencia; el gobierno reside en el senado, es decir, en la nobleza. El centro de estos gobiernos es siempre una población, una Roma en miniatura, con sus templos, sus arcos de triunfo, sus termas, sus fuentes, sus teatros y sus circos para los combates. La vida es la misma que en Roma: distribuciones de trigo y de metálico; banquetes públicos, grandes ceremonias religiosas, espectáculos sangrientos. Lo que hay es que en la capital se hace esto con el dinero de las provincias y que en las ciudades, gobierno y fiestas son costeados por la nobleza.

El impuesto cobrado por cuenta del emperador va enteramente á manos de éste. En consecuencia, es necesario que los ricos hagan celebrar los juegos, calentar las termas, empedrar las calles, construir los puentes, los acueductos y los circos á sus expensas. Así lo practicaron por espacio de dos siglos, con verdadera largueza, como lo prueban los monumentos esparcidos por todo el territorio del Imperio y miles de inscripciones.

Entre los Pirineos y el Rhin habrá próximamente ciento diez ciudades, que no eran simples municipios, según podría hacerlo creer el nombre de régimen municipal. La mayor parte de ellas tenían extensión análoga al de un departamento ó diócesis francesa actual. Entre el Loira y el Soma no había más cabeceras de *ciudades* que Sens, Auxerre, Orleans, París, Noyon, Senlis, Beauvais, Laon, Soissons y Amiens; en la Provenza, que llevaba más tiempo sometida á Roma, era mayor el número de ciudades: sólo en los dos departamentos actuales de Vaucluse y del Drôme, estaban Aviñón, Carpentras, Orange, Vaison, Saint-Pons, Die, Valence. En esa región es donde se conservan los más hermosos monumentos: en Nimes el circo, el templo llamado cuadrado y el acueducto apellidado puente del Gard, en Arlés el circo, en Orange el teatro y el arco de triunfo. Pero todas las ciudades poseían monumentos del mismo género. En París, que era una de las más pequeñas, se han descubierto las termas, cerca del hotel de Cluny y un circo en la calle Monge, y no hay museo donde no se conserven algunos restos de templos, de acueductos, de mosaicos ó de tumbas romanas.

III. — LA INVASIÓN.

Geffroy, *Roma y los bárbaros*. — Fustel de Coulanges, *Estudios sobre las instituciones de la Francia primitiva*. — Bordier y Charton, *Historia de Francia*. — Ozanam, *Estudios sobre los francos*. — Montalembert, *Los monjes de Occidente*. — Taine, *Historia de la literatura inglesa*.

CAUSAS DE LA INVASIÓN.

Los germanos. — Allende el Rhin y el Danubio, en el país que es hoy Alemania, vivían pueblos aun bárbaros, que los romanos llamaron germanos, y que eran, como los indostánicos, los persas, los griegos y los itálicos, gentes de raza arya, procedentes de Asia. Habían sido pastores y se convirtieron en cultivadores, conservando sus instintos guerreros. Estaban divididos en unas

cuarenta tribus, que se gobernaban independientemente y que con frecuencia andaban en mutuas guerras.

La mayor parte de los germanos no consideraban digna del hombre más que la lucha y los combates. « Cuando no están guerreando, escribe Tácito, se dedican á la caza, ó no hacen más que comer y dormir... »

Los más valientes y valerosos no hacían nada, dejando el cuidado de sus casas y campos á las mujeres, á los débiles; ellos vivían como en completa somnolencia. Cada tribu contaban varios guerreros de profesión como esos, que se reunían en torno de otro noble ó famoso por sus hazañas y le juraban obediencia. Así se formaba una banda de compañeros fieles á su jefe, que vivían con él, comían en su casa y que en la pelea lo rodeaban, muriendo para defenderlo si preciso era. Esas partidas necesitaban guerrear, los compañeros para distraerse de su vida de comilonas y ocio; los jefes para sostener á sus hombres. Cuando un pueblo estaba en paz, las bandas de guerreros se iban con sus jefes á luchar en compañía de otro pueblo ó á guerrear por su propia cuenta. El Imperio los fascinaba; así es que unos se arrojaban sobre las fronteras para saquear y robar, mientras otros entraban al servicio de los romanos contra los invasores bárbaros. En ocasiones regresaban para disfrutar tranquilos de su ganancia ó su botín; pero muchos tomaban afición á esa vida aventurera y no volvían jamás. Este régimen acabó por dejar sin hombres las tribus de la frontera, y al cabo de tres siglos no quedaban ya sino bandas errantes y restos de pueblos.

Pero en el siglo III de la era cristiana aparecen confederaciones con nombres nuevos, que no pertenecen á ningún pueblo. Había tres:

Los alamanes, en el recodo formado por el Rhin y el Danubio superior;

Los francos, en la parte baja del Rhin;

Y los sajones, á lo largo del mar del Norte.

Cada uno de los grupos que formaban esas grandes confederaciones tenía un jefe que llevaba el título de rey y que generalmente guerreaba por su propia cuenta.

Despoblación del Imperio. — Entonces pasaba en el Imperio romano lo que ocurriera antes en todas las sociedades antiguas, en Esparta, Grecia é Italia. La población diminuía, y los hombres libres eran reemplazados por esclavos. Éstos no se renovaban y cuando ocurría que una guerra, una epidemia ó una incursión de bárbaros, cosas comunes entonces, acababa con los cultivadores de un dominio, el suelo quedaba sin habitantes. Poco á poco fueron quedando vacíos los campos, sobre todo por la parte de las fronteras; sólo había hombres en las ciudades. En muchos puntos se formaron verdaderos desiertos.

En el siglo V, después que pasaron los grandes ejércitos devastadores de Radagasio y de Atila, quedaron espacios vacíos que los emperadores no podían llenar. En la Galia, en España, en Italia, en todo el Occidente no se cultivaba parte de la tierra por falta de brazos, y las provincias fronterizas quedaron desiertas; en la cuenca entera del Danubio, desde Suiza hasta los Balkanes no quedaba ni una sola población romana, y los habitantes desaparecieron de modo tan completo que, á partir del siglo IV no hay en todas esas regiones sino pueblos germánicos ó eslavos. En Bélgica no encontraron los francos sino un desierto.

Decadencia del ejército romano. — Estos territorios no ocupados atraían á los bárbaros, que procuraban constantemente penetrar en ellos. Mientras el gobierno

romano dispuso de un ejército mediano, le fué fácil rechazarlos; pero con los soldados pasaba lo que con el dinero; cada vez era más difícil encontrarlo. Los habitantes del Imperio estaban acostumbrados á vida tranquila y en todo pensaban menos en alistarse. Hubo que pedir hombres á los grandes propietarios y éstos dieron algunos colonos de sus dominios, infelices arrebatados por fuerza á su arado y que carecían completamente de aptitud para la vida militar. En el siglo IV no tenían los legionarios vigor suficiente para usar la coraza y en vez del casco llevaban un tocado cualquiera.

Así fué que los generales prefirieron tomar á su servicio guerreros bárbaros, que á lo menos peleaban bien. Ya hacía mucho tiempo que el Imperio tenía á sueldo algunos de germanos; pero á fines del siglo IV, Roma alistó en sus filas bandas enteras de ellos, acantonándolos con sus mujeres, hijos y servidores en tierras que constituían la recompensa de sus servicios. Estos guerreros conservaban en país romano su idioma, costumbres, armamento y jefes; pero combatían en el ejército de los emperadores. Llamábanlos servidores ó aliados. En el siglo V, ya no fueron bandas, sino pueblos enteros, como los visigodos y los burgundas.

Los bárbaros empezaron por pasar la frontera violentamente; pero luego prefirieron servir al emperador más bien que combatirlo. Entonces hubo ejércitos romanos compuestos por los pueblos invasores y mandados por generales salidos de su propio seno. Como ejemplo puede citarse el ejército romano que rechazó en 451 la invasión de Atila, y que estaba formado de visigodos, francos y burgondas; su general Aecio era huno como Atila.

Caracteres de la invasión. — En el Imperio había muchas tierras sin dueño y pocos soldados. Los bárbaros, que eran todos guerreros y que querían ser propietarios, obtuvieron concesiones de ellas, ya por fuerza como enemigos, ya en recompensa de sus servicios como aliados. Esta penetración es lo que nosotros llamamos invasión de los bárbaros y los alemanes emigración de los pueblos. No se crea que se efectuó de golpe; los germanos llegaron al territorio romano en bandas separadas, la primera en 376, la última en 568. De manera que el movimiento duró en Occidente cerca de dos siglos, y en Oriente continuó toda la edad media. No fué, según se ve, una guerra ni una conquista. Los germanos no formaban un cuerpo; al contrario, vivían en continuas guerras unos con otros, con extrañeza de los escritores romanos. « Cada día vemos, dice Pablo Orosio, que una de esas naciones bárbaras extermina á otra; dos bandas de godos se han aniquilado mutuamente; esos pueblos se destruyen entre sí. » Los bárbaros no eran enemigos de los romanos y con gusto combatían á sus órdenes contra otras bandas germanas: su deseo no era destruir el imperio, sino entrar en él. Un rey godo, Ataulfo, decía « que su ambición había sido primero destruir el nombre romano y convertir el Imperio en uno igual gótico, donde él fuera Augusto; pero que, habiéndose convencido de que sus vasallos eran demasiado indóciles para obedecer á las leyes, tomó el partido de consagrar sus fuerzas á restaurar y restablecer el poderío romano; como no podía fundar un imperio nuevo, quería limitarse á reformar el existente. » Los bárbaros entraban en los dominios romanos sin intención política ninguna, únicamente para mejorar de condición; pero su paulatina invasión tuvo consecuencias que nadie preveía entonces.

La barbarie. — El resultado inmediato fué diminuir

el grado de civilización del imperio. Por más de cien años recorrieron el territorio en todos sentidos bandas armadas que quemaban las ciudades, destruían los monumentos y mataban ó se llevaban como esclavos los cultivadores. Los vándalos dejaron tan terribles recuerdos que nuestros idiomas conservan la palabra *vandalismo* como sinónimo de manía destructora. Los hunos, pueblo de jinetes tártaros, decían que donde sus caballos ponían los cascos, no volvía á nacer la hierba. Hubo ciudades que no se levantaron nunca más de sus ruinas; otras quedaron reducidas á simples caseríos. Los teatros, las termas, las escuelas, los edificios romanos todos fueron convirtiéndose poco á poco en ruinas; los habitantes se sirvieron en muchos puntos de sus piedras para construir baluartes. Ya no se formaron más artistas, y sólo quedaron artesanos en escaso número, consagrados á trabajos comunes; al mismo tiempo acabaron los espectáculos y las letras, no tardando los habitantes del Imperio en parecerse á los bárbaros. Un monje que escribió la historia de los reyes merovingios dice con tristeza: « El mundo envejece, la punta del espíritu se embota en nosotros y nadie tiene hoy la pretensión de compararse con los oradores del tiempo pasado. »

Nuevos pueblos. — Los bárbaros destruyeron el régimen imperial en Occidente; á partir del año 476 no hubo más emperadores en Roma. Cada rey de los nuevos pueblos es señor del territorio que ocupan sus bandas (1).

(1) Los bárbaros poblaron la frontera del imperio donde ya no quedaban habitantes, conservando sus costumbres y lenguaje germánicos; así se instalaron los flamencos en Bélgica, los francos en la orilla izquierda del Rhin, los suavos en Suiza, los bávaros en Baviera y en Austria. Entre el Danubio y los Balkanes asentaron sus reales los croatas y los servios, pueblos de raza eslava.

El imperio se rompió en pedazos, que fueron los siguientes reinos bárbaros:

En la Galia, los reinos de los francos y de los burgondas ó borgoñones;

En la Gran Bretaña, los siete reinos de los anglos y de los sajones;

En España, el de los visigodos;

En África, el de los vándalos;

En Italia, el de los ostrogodos primero, y después el de los lombardos.

Varios de ellos fueron destruídos ó se fundieron con otro inmediato; pero en cada región se constituyó por lo menos una nación independiente, con su gobierno, sus artes y literatura propias.

Nuevas costumbres. — La civilización antigua termina con la entrada de los germanos en el Imperio, no porque éstos introduzcan una nueva, según hicieron los romanos en las provincias que conquistaban, ni porque adoptasen las costumbres de los vencidos, como los persas con los pueblos de Asia; sino porque tenían manera de vivir y de gobernarse completamente opuestas á las de los romanos del Bajo Imperio.

Los propietarios romanos vivían en las ciudades, inermes y sometidos á los funcionarios del Emperador. Por el contrario, los germanos conservaron sus armas y se establecieron en el campo, cada uno en sus tierras con una banda de servidores que le eran afectos, y allí eran dueños y señores, que no debían cuenta de sus actos al gobierno. Conservaron además la costumbre germánica de no pagar impuesto ninguno, y así destruyeron al mismo tiempo el fisco y el despotismo imperial. Esos guerreros campesinos fueron andando el tiempo los señores feudales.

Los propietarios romanos hacían cultivar sus dominios por una banda de esclavos; los germanos no tenían sino colonos, es decir, arrendadores hereditarios. No abolieron la esclavitud imperial; pero dejaron que los *esclavos* fueran convirtiéndose poco á poco en *siervos* y al fin en *villanos*, esto es, en cultivadores dueños del suelo que cultivaban.

De manera que los bárbaros no introdujeron en el mundo romano creencias ni inventos nuevos; pero sí costumbres que cambiaron la condición de los propietarios y de los campesinos modificando todas las reglas del gobierno. La invasión germánica es un acontecimiento importantísimo en la historia de la civilización, porque renovó la sociedad y el gobierno en Europa; pero, según pasa con las modificaciones trascendentales, hubo que dejar transcurrir algunos siglos antes de comprender sus consecuencias.

CONVERSIÓN DE LOS GERMANOS AL CRISTIANISMO.

Los dioses germánicos. — Los germanos adoraban, como los griegos y los romanos, varias deidades, que representaban con figura humana. Estos dioses formaban una familia.

Wotan, « el padre de todos, el señor de las batallas, » es un guerrero tuerto, armado con una lanza que hiende los aires, é invisible sobre un caballo blanco. — Uno de sus hijos, Donar, de barba rojiza, dios del trueno y de la tempestad, va en un carro y lanza el martillo destructor que vuelve inmediatamente á su mano. — Otro, llamado Tyr ó Saxnot, es el dios de la espada y de los combates. — Por el contrario, Freyr es el dios hermoso, pacífico, lleno de gracia, que hace madurar las cosechas y

que cura las enfermedades. — Balder es el dios sabio, justo y de buen carácter, que preside las asambleas de los demás. — Además, hay diosas: Friga, la mujer de Wotan, severa y venerable, que preside la celebración de los matrimonios y Freya, joven, hermosa y encantadora, cuya presencia alegra á los dioses.

Esta familia celeste habita una elevada sala de paredes de oro y techos de plata, el *Valhalla*, que está unido con la tierra de los hombres por un puente, es decir, por el arco iris, que sirve de camino á los dioses. Wotan tiene en esa sala un trono de oro, donde se sienta rodeado por las restantes deidades. Unas mensajeras divinas, las Walkuras ó Walkirias, « hijas de las batallas », guerreras armadas con escudo y lanza y jinetes en caballos brillantes, tienen por misión ir á recoger en los campos del combate á los valientes que han muerto peleando, para llevarlos al Walhalla, donde reciben la recompensa de su bravura. Quédanse allí junto á los dioses, en constantes banquetes, servidos por las Walkirias, que les dan de beber hidromiel y cerveza. — Hacia la parte del norte, en las profundidades de la tierra, se encuentra un infierno sombrío y helado, Niffheim (la morada de las nubes); allí mora Loki, dios del mal, con sus hijos, Fenris, el lobo feroz, y Holla (1), deidad de la muerte, medio negra, « que come en el plato del hambre y no suelta nunca lo que ha cogido. » Ahí van á parar los guerreros indignos, que mueren de enfermedad ó de vejez. — Loki fué vencido por Wotan, que lo ató en tres rocas angulosas, con una serpiente que le vierte sobre la cabeza su veneno; pero llegará un día en que podrá soltarse y entonces irá con los gigantes y los genios malos en un bajel « hecho con uñas de muertos » á atacar á

(1) Este es el nombre, *hölle* que ha tomado en alemán la significación de infierno. En inglés *hell*.

los dioses del Walhalla. El fresno Ygdrazil, el poderoso árbol que sostiene el mundo, vendrá al suelo; el Walhalla ardorá y los dioses serán vencidos (esto es lo que se llama el *crepúsculo de los dioses*); después surgirá del Océano una nueva tierra, mejor que la precedente y con nuevas deidades (1).

El culto. — Los germanos no tenían ídolos y no edificaban templos; limitábanse á adorar á sus dioses en las montañas ó los bosques, junto á un árbol ó un manantial sagrado. Cada jefe de familia hacía en su nombre las oraciones y sacrificios. Los sacerdotes germánicos fueron siempre muy pocos en número, aun en la tierra madre, y las bandas que entraron en el Imperio no llevaron ninguno consigo. — Una religión tan nebulosa y que nadie tenía interés en defender no podía resistir mucho tiempo; puede decirse que cuando los germanos penetraron en el Imperio estaban ya preparados para convertirse al cristianismo.

Los bárbaros arrianos. — Casi todos los bárbaros adoptaron primero, no el catolicismo, sino las doctrinas de la secta arriana : así fué con los visigodos de España, con los ostrogodos de Italia, los burgondas de la Galia, los vándalos de África, y hasta con los lombardos, que llegaron en el siglo VI. Parece que los germanos no querían admitir el símbolo de Nicea, y tal vez les repugnaba la creencia de que el Hijo es igual al Padre. — Sus vasallos romanos eran ortodoxos, y esta diferencia de religión produjo durante más de un siglo, muchas luchas

(1) No se conserva ningún libro germano relativo á su religión; pero los escandinavos (daneses y suecos) tenían creencias análogas que se encuentran expuestas en la colección titulada *Edda* (la abuela), redactada en Islandia.

y persecuciones. El rey bárbaro se negaba con frecuencia á nombrar obispos ortodoxos : la sede de Cartago permaneció vacante por este motivo ochenta años. El rey vándalo Genserico, no contento con desterrar á los obispos, tuvo la idea de aplicar á sus súbditos católicos los edictos que los emperadores habían dictado contra los herejes.

Sin embargo, el catolicismo acabó por triunfar. Los reyes arrianos fueron convirtiéndose unos después de otros y obligaron á sus pueblos á hacer lo mismo : los burgondas á principios del siglo VI, los visigodos de España en 589 y los lombardos á mediados del siglo VII. Los restantes reinos fueron destruídos por los ejércitos de Justiniano.

Conversión de los francos. — Los francos, que habían penetrado en la Galia por el norte seguían siendo paganos. Los obispos ortodoxos preferían sin embargo esos paganos, que esperaban convertir, á los bárbaros cristianos obstinados en el arrianismo. El jefe de una banda de guerreros francos, Clodoveo, se dejó bautizar por el obispo de Reims, San Remigio, y 3000 de los suyos lo imitaron (1); este jefe no tardó en ser rey de toda la Galia, gracias al apoyo del clero católico. Á partir de entonces, todos los reyes francos descendientes de Clodoveo fueron cristianos y sostuvieron la doctrina ortodoxa; ésta fué una de las causas de sus triunfos. — El pueblo tardó más en convertirse y por mucho tiempo hubo guerreros que siguieron siendo paganos, aún entre los que rodeaban al rey. Á mediados del siglo VI, la reina Radegunda, que era católica ardiente, encontraba todavía en los caminos santuarios paganos y cuando mandaba que los

(1) Este suceso no se sabe sino por las tradiciones que recogió Gregorio de Tours medio siglo más tarde.

guerreros de su escolta los demoliesen, salían á impedirlo los francos con sus espadas y sus palos. Antes de que todos fueran cristianos pasaron más de dos siglos (del VI al VII).

La regla de San Benito. — Desde el siglo IV se fundaron en Italia, España y la Galia congregaciones de monjes; pero la vida que llevaban en esos conventos no fué la de los ascetas de la Tebaida. — Á fines del siglo V, un noble italiano, Benito (480-543) fué á instalarse en el monte Casino, país de Nápoles, después de haber vivido solitario varios años en una gruta agreste. Todavía se conservaban allí un bosque y un templo consagrados á Apolo. Benito convirtió á los campesinos y les mandó destruir el santuario, construyendo en lugar suyo dos capillas y un gran monasterio. El santo llegó á ser jefe de una numerosa comunidad y entonces redactó un extenso reglamento para sus monjes. — Éstos debían renunciar al mundo, á la familia y á la propiedad; no tener nada suyo, « ni siquiera las tabletas y el punzón con que escriben ; » se vistieron con la túnica de estameña y capuchón que usaban los labradores. — Deben someterse sin murmurar á todas las órdenes del abad.

« Escucha, hijo, dice San Benito en el preámbulo, los preceptos del maestro ; no vaciles en acoger bien la advertencia de un buen padre y de cumplirla, á fin de que la obediencia laboriosa te conduzca hasta aquel de quien te habían alejado la desobediencia y la pereza. » Ese mismo santo llama al convento « escuela de servidumbre divina », en lo cual no hacía más que imitar á los monjes de Oriente. — Pero se diferencia de ellos en la manera de emplear el tiempo : en vez de la contemplación y de las prácticas del ascetismo, manda que se trabaje : « La pereza, dice, es enemiga del alma. » En

consecuencia, la vida del monje está reglamentada hora por hora. Debe trabajar con sus manos siete horas todos los días y leer dos, practicando además siete oficios divinos, el primero de los cuales empieza á las dos de la madrugada. — Cuando un hombre pide que se le admita en la comunidad, no se le recibe sino como *novicio*, es decir, para probarlo. Al cabo de dos meses se le lee la regla. « Hé aquí la ley bajo que deseas combatir; si puedes observarla, entra ; si no, vete en libertad. » Un año después firma un compromiso y lo coloca encima del altar, delante de todos los monjes reunidos, y después se prosterna ante cada uno de los hermanos. « Desde ese día, sepa que ya no es dueño ni de su propio cuerpo ». — La *regla de San Benito* llegó á ser la general de los monjes de Occidente, que todos los conventos antiguos adoptaron y con sujeción á la cual se fundaron los nuevos monasterios. En la parte oeste de Europa no quedaron en poco tiempo sino monjes *benedictinos*.

Los monjes benedictinos. — En el siglo VI habían vuelto á quedar medio desiertas Italia y la Galia, llenándose otra vez estos países de bosques inmensos. Los monjes, que buscaban la soledad, iban á vivir en esos desiertos. Al efecto, construían en medio de las malezas y de las espinas un oratorio y algunas cabañas, y después trabajaban la tierra inmediata. También ocurría que como el suelo tenía entonces escasísimo valor, un rey, un conde ó un gran propietario les regalaba gran extensión de ella, y así se fundaba una nueva comuninad. Los monjes edificaban graneros, un horno, un molino, una panadería, cultivaban la tierra, fabricaban trajes, muebles, objetos artísticos, y copiaban manuscritos. Esos conventos eran á la vez granjas modelos, talleres, bibliotecas y escuelas. Los esclavos y arrenda-

tarios de sus dominios formaban una gran aldea. — En torno de estas abadías se constituyeron en Francia unas cien ciudades, muchas de las cuales llevan todavía el nombre del santo que fué el primer abad de la comunidad (Saint-Omar, Saint-Claude, Remiremont). Hubo convento de benedictinos que fundó miles de iglesias parroquiales.

Conversión de los anglo-sajones. — Cuéntase que San Gregorio vió un día, antes de ser papa, en el mercado de esclavos de Roma, unos niños rubios, de cutis blanco, y preguntó de qué país eran. Contestáronles que eran *anglos* y él entonces añadió : « el nombre les sienta bien ; *anglos*, hermosos como *ángeles* ; ¿son cristianos? » Al saber que eran paganos todavía, replicó : « ¿Cómo es posible que frentes tan hermosas contengan una inteligencia privada aún de la gracia de Dios ? » Desde entonces pensó en convertir á los anglos, y cuando llegó á ser papa, mandó cuarenta monjes, bajo la dirección de Agustín, para que visitasen en su nombre á uno de los reyes del país. Los misioneros llegaron con un cuadro en que estaba pintado Cristo. El rey reunió entonces el consejo de los grandes y preguntó si se debía adoptar la nueva religión. Uno de los magnates presentes se levantó y dijo : « Quizás recuerdas, oh rey, una cosa que sucede algunas veces en los días de invierno, cuando estás sentado en la mesa con tus guerreros. Tu fuego arde y tu sala está caliente, mientras fuera reinan la lluvia, la nieve y la tempestad. Llega un pajarito y atraviesa la sala, entrando por una puerta y saliendo por otra. Esos cortos instantes que pasa allí le son gratos, pues en ellos no siente el frío ni la lluvia ; pero acaban pronto. El ave se marcha y vuelve al invierno. Tal me parece la vida de los hombres sobre la tierra, comparándola con el tiempo ignorado que hay más allá. Dura un momento ;

¿pero qué viene después y qué había antes ? Lo ignoramos, y por esto digo que si la nueva doctrina puede enseñarnos algo del gran misterio de la existencia, bien merece que la adoptemos. » El cristianismo gustaba á esos bárbaros reflexivos porque les hablaba del *más allá*. — Los misioneros cristianos habían recibido del papa órdenes para no ir abiertamente contra las antiguas creencias. « Hay que guardarse de destruir los templos de los ídolos, hay que purificarlos y consagrarlos al servicio del verdadero Dios, pues mientras la nación vea que subsisten sus antiguos sitios de devoción, será más fácil que vaya á ellos en virtud del hábito. Los anglos tienen la costumbre de inmolar bueyes en sus sacrificios ; es preciso que esta práctica se convierta en solemnidad cristianas. Déjenles construir cabañas de hojas en torno de los templos transformados en iglesias ; que se reunan en ellas y que lleven allí sus animales para inmolarlos, no ya como ofrenda á los diablos, sino en honra de Dios. — Los anglos y los sajones no persiguieron á los misioneros ; sin embargo, su conversión fué lenta. En ese país ocurrió lo mismo que en la Galia : los reyes y, sobre todo, las reinas, protegían la nueva religión ; pero los guerreros no se apresuraban á adoptarla.

Los misioneros irlandeses. — Irlanda se convirtió al cristianismo en el siglo V y era ya entonces célebre por sus numerosos monasterios y el fervor de sus iglesias. Llamábanla la *Isla de los santos*. De ella salieron misioneros que efectuaron la conversión de los bárbaros de Gran Bretaña, encontrándose allí con sus colegas enviados por Roma. La iglesia irlandesa, que fué constituída por cristianos de Asia, había conservado algunas prácticas orientales y celebraba la Pascua en momento distinto que la romana, siguiendo además la costumbre

de tonsurar en la parte anterior de la cabeza en vez de hacerlo en la coronilla. — Estas diferencias de formas bastaron para producir una lucha violenta entre los misioneros de ambas partes; los bárbaros asistían á sus disputas sobre los méritos comparados de sus iglesias. Hé aquí en qué términos refiere un escritor ortodoxo una gran discusión que hubo en Whilby, el año 664, en presencia de toda la asamblea del pueblo. Colman el irlandés declara que sus compatriotas no pueden cambiar su modo de celebrar la Pascua, por ser este el de sus padres. El sajón Willfrido le contesta : « Celebramos la Pascua según hemos visto hacerlo en Roma, donde vivieron los apóstoles Pedro y Pablo, en la Galia y en todo el Imperio. Sólo los bretones se obstinan en oponerse al resto del mundo. En cuanto á vuestro padre Columba, ¿es posible por santo que fuera, ponerlo frente del bienaventurado Príncipe de los apóstoles, á quien Nuestro Señor dijo : Eres Pedro y sobre ti (en esta piedra, *pertrus*) edificaré mi Iglesia y te daré las llaves del reino de los cielos? » — El rey dijo entonces en irlandés : « ¿Es cierto que Nuestro Señor Jesucristo dijo esas palabras á San Pedro? — Es cierto. — ¿Podéis probarme que Columba tuviera autoridad semejante? — No. — ¿Estáis contestes en que las llaves del reino de los cielos han sido dadas á Pedro? — Sí. — Pues en este caso digo que es el portero del cielo, y no quiero contradecirle, sino obedecerle en todo, por temor de que al presentarme en las puertas del reino celeste no encuentre nadie que me abra. » El argumento estaba al alcance de la inteligencia de un bárbaro; así fué que la asamblea aprobó, resolviendo adoptar en todo el reino las costumbres de Roma. Ésta acabó por triunfar (á principios del siglo VIII) y desde entonces la Iglesia de la Gran Bretaña obedeció al Papa.

Conversión de los germanos de Alemania. — Los germanos que habían continuado en Alemania formaban varias naciones que eran todavía paganas en el siglo VI. Los monjes irlandeses emprendieron la tarea de su conversión. San Gallo se instaló entre los suavos cerca del lago de Constanza en el punto donde se creó la gran abadía que lleva su nombre. Kilián evangelizó á los franconos del país del Mein y fué martirizado. San Wulfrán logró que Radbod, duque de los frisones, consintiese en recibir el bautismo; pero al entrar en la pila, preguntó el duque dónde estaban sus mayores, y como le contestaron que en el infierno, declaró que no quería ser cristiano para no verse separado de ellos. Por fin, un anglo-sajón, Winfrido, apellidado Bonifacio, mereció el nombre de *apóstol de los germanos*. Este predicador fué enviado por el Papa á Germania como Agustín á Inglaterra. Llevaba una carta del pontífice que decía : « Deseando que os regocijéis con nosotros en la eternidad, os mandamos á Bonifacio, que os bautizará y os instruirá en la fe del Señor. Obedecedle en todo, honradlo como á un padre y oíd sus lecciones. » Además, el apóstol fué recomendado á los jefes germánicos por Carlos Martel, jefe de los francos. Así pudo penetrar hasta el corazón de Alemania, celebrar reuniones, derribar árboles sagrados y prohibir el culto de los ídolos, convirtiendo á los jefes y parte del pueblo en Baviera, en Turingia y en Hesse; después de lo cual se instaló en Maguncia con el título de arzobispo.

Todavía quedaba un pueblo pagano, los sajones, en el país del Weser (Westfalia y Hannover); pero Carlomagno obligó á sus jefes á recibir el bautismo después de sangrientas guerras; además, instaló obispos y monjes en todo el país, los dotó bien y decretó pena de muerte contra todo sajón que adorase sus antiguas deidades ó

que no observara los ayunos prescritos por la Iglesia. Toda Alemania quedó entonces sometida al cristianismo, á Roma y al Papa; y alemanes fueron, tanto los monjes que convirtieron á la fe los paganos escandinavos, como los guerreros que exterminaron á los paganos eslavos.

IV. — EL ISLAMISMO.

El Corán. — SALE, *Observaciones sobre el Mahometismo.* CAUSSIN DE PERCEVAL, *Historia de los árabes.* — DOZY, *Ensayo sobre la historia del islamismo.*

Religión primitiva de los árabes. — El imperio romano había detenido su marcha por la parte del este ante los arenales de Arabia, y los pueblos que en ellos vivían siguieron siendo independientes y bárbaros y divididos en numerosas tribus. Los de la costa poseían pequeñas poblaciones y campos cultivados, y enviaban al occidente por medio de sus caravanas café, incienso y dátiles. Los del interior recorrían el desierto con sus rebaños, siempre armados y á caballo, en parte pastores mitad bandidos y así es aún la vida de los beduinos.

Sus tribus vivían en guerras continuas; pero todos ellos se consideraban miembros de una misma raza, la *semítica*, á que también pertenecían los judíos, y que se distingue perfectamente de los aryas de la India y de Europa por la lengua y la religión. Los árabes creían en un dios supremo y creador, *Allah taala;* pero adoraban principalmente á los espíritus invisibles ó *dijnns*. Cada tribu tenía su deidad particular, que veneraba bajo forma de estrella, de piedra ó de ídolo (1); mas el santuario de la Meca, era común á todas; la *Kaaba*, que así se llama, consiste en una capilla de forma de dado y cuyas paredes de

(1) Muchos árabes habían adoptado el judaísmo; otros el cristianismo.

piedra están cubiertas con tela de lana. Allí se conservaba la famosa *piedra negra* venerada por los árabes, pedazo de basalto que actualmente está hecho 12 pedazos. Además cada tribu llevó allí un ídolo particular; según dicen había 360, y entre ellos una imagen de Abrahán y otra de la Virgen con el Niño Jesús. — La pequeña ciudad de la Meca fué edificada, hacia el siglo V, por la tribu de los koreischitas, en el estrecho valle rodeado de rocas peladas en donde estaba la Kaaba. Allí se celebraba todos los años una gran feria, con fiestas y certámenes poéticas: en ese momento nadie batallaba. La Meca era la *ciudad santa*, á donde acudía en peregrinación toda Arabia.

Mahoma. — Mahoma nació entre los años 569 y 571 en la tribu sagrada de los koreischitas, dueños de Meca y guardianes de la Kaaba. Húerfano y pobre, vivió oscurecido hasta los cuarenta años. Era un hombre tímido y melancólico, que padecía ataques de calentura y de nervios. Había entrado en la secta de los *hanifs* (impíos), que no adoraban á los ídolos, sino á un dios único, el de Abrahán, padre de la raza árabe. Como las gentes de su tribu lo veían con malos ojos, Mahoma se instaló á una legua de la Meca, en medio de rocas peladas y ardientes; y allí fué donde tuvo, en 611 según la leyenda árabe, una visión que lo convirtió en padre de una religión. « Apareciósele un ser poderoso (que Mahoma llamó más adelante el ángel Gabriel) y le dijo : « ¡Predica (1)! — No sé, contestó Mahoma. — ¡Predica! », repitió el espíritu. Á partir de entonces se consideró como encargado por Dios de restaurar la verdadera religión y empezó por enseñarla á su mujer y á

(1) La palabra árabe es *Ikra*, que significa al mismo tiempo *leer* y *predicar*.